Biblioteca digital de la Universidad Catolica Argentina

Martino, Adriana B.

Luciano de Samósata y Francisco de Quevedo

XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España"

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Martino, Adriana B. "Luciano de Samósata y Francisco de Quevedo". Ponencia presentada en las XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España." Instituto de Estudios Grecolatinos "Prof. F. Novoa", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2005. [Fecha de consulta]
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/samosata-quevedo.pdf>.

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

Apellido y nombre: MARTINO,Adriana Beatriz

adrianamartino@hotmail.com

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

TÍTULO:"LUCIANO DE SAMÓSATA Y FRANCISCO DE QUEVEDO.

El pensamiento cínico en la España del SigloXVII"

Sumario:

1. Introducción

2. Luciano de Samósata

   2.1. Luciano en diálogo con los muertos

3. Francisco de Quevedo y Villegas

   3.1. Quevedo y los Sueños

4. Conclusión

5. Notas

6. Fuentes consultadas

1. Introducción:

Toda época de crisis de los valores tradicionales de una cultura desemboca en una toma de conciencia individual y social que permite ubicar al ser en el todo –que puede ser entendido como el punto de anclaje salvador y eterno, o bien como un minúsculo y débil lugar de apoyo que sólo durará lo que dura la vida humana.

Este clima de incertidumbre se plantea en el mundo helenístico antiguo, a partir del siglo IV a.C., es decir desde que las conquistas alejandrinas incorporaron nuevos espacios y nuevos pueblos hasta entonces considerados "incivilizados" y "bárbaros". Y se proyecta hasta el siglo II, vale decir, en el momento en que se encuentra dominado por el aparato político – administrativo de Roma y sufriendo los vaivenes de una crisis económico-social (sobre todo a partir de la muerte de Antonino Pío). Frente a tanta ambigüedad, el antiguo "politai" debió buscar la solución en los relatos – aún supersticiosos-de las religiones o en un acentuado individualismo que le permitiera sentirse seguro sin depender de nada ni de nadie. Distintas formas de *ataraxía* (escepticismo, epicureísmo, estoicismo, cinismo) ayudaron al hombre a encontrar nuevos caminos adonde explicar su razón de ser y la razón de ser de los "otros" para así comprender racionalmente sus existencias y las sociedades en que debieron vivir.

Y es éste mismo el clima que vivía la España decadente del siglo XVII, pues los monarcas no supieron encauzar los cambios producidos por el agotamiento de los recursos económicos que América había aportado –sobre todo el oro y la plata- y, poco a poco, la debilidad de Felipe III (1598 – 1621) y las frivolidades de Felipe IV (1621-1665) condujeron a situaciones de enorme inestabilidad económico social manifiesta en el hundimiento de las artesanías por obra de la competencia extranjera, en la incesante inflación monetaria que desalentó la instalación de industrias y envileció el magro salario de obreros y artesanos, mientras los campesinos abandonaban las tareas agrícolas movidos por una triste condición. En tanto, los nobles continuaban llevando una vida disipada y corrompida, monopolizando los cargos del gobierno y las funciones de la corte.

Ahora bien, en la primera de las épocas nos interesa destacar la figura de Luciano de Samósata, escritor del período romano-helenístico denominado la "Segunda Sofística"[1] (transcurrido durante el Imperio Ilustrado de los Antoninos del siglo II) quien, en sus "*Diálogos de los muertos*", ridiculiza las vanidades humanas de

su tiempo, subestimando las “reglas elementales” impuestas por la vida en sociedad (la propiedad, el lujo, la vida cortesana). Con ello no hace más que expresar su propio escepticismo ante la vida y las conductas humanas.

En la segunda época tomamos a Francisco de Quevedo y Villegas, pues en “Los Sueños” refleja sus obsesiones tanto con relación a su propia vida y circunstancias como con la sociedad que le rodeaba. Todos los “Sueños” tienen un fondo de denuncia de actitudes reprochables e inmorales – especialmente manifiestas por las clases profesionales, mercaderes de todo tipo, tenderos, ministros de justicia, burócratas de la corte, hombres de carrera, oficiales, pretendientes de oficios y fortunas, mujeres de vida ligera, pícaros y estafadores de toda especie[2].

Ambos escritores recurren, en su afán de satirizar las críticas, al “ejercicio de la muerte”, esencia misma de la filosofía después de Platón.

2. Luciano de Samósata

Luciano nació hacia el 120 en Samósata, capital de la provincia de Comagene, en Siria, controlada por Roma. El primer período de su vida comprende una esmerada educación retórica pues, para superar su condición de "bárbaro" (en momentos en que el helenismo seguía en alza), necesitaba dominar el griego. Y a esta actividad profesional se dedicó con éxito, recorriendo diversos territorios comprendidos entre Asia Menor y la Galia.

Hacia el 155 incursionó en la filosofía -fundamentalmente cínica-, y en sus últimos años (ca. 179) volvió a su antigua afición por la retórica a más de convertirse en funcionario de la administración imperial en Egipto, donde murió poco después del 180.

Como ya señaláramos, su vida transcurrió en el período conocido como el de la "Segunda Sofística", el que estuvo signado por la presencia de oradores profesionales y maestros de retórica, gestores del renacimiento cultural de las letras griegas cuyos inicios pueden ser ubicados en los comienzos de la época imperial[3].

Todos los representantes de este renacimiento fueron escritores (su lengua fue de un aticismo impecable); ocuparon cargos públicos de significativa vinculación con el poder (romano) al hallarse conectados con los sectores dirigentes tanto de la misma Roma como de las florecientes ciudades del este del Imperio (Atenas, Esmirna, Tiro, Alejandría, etc.)[4]

Además, fueron personajes conocidos, muy leídos e de igual manera escuchados pues sus mensajes gozaban del amplio reconocimiento del público a la vez que generaban reflexiones y puntos de vista provocativos configurando un tipo de pensamiento acorde con el momento histórico que vivían las ciudades y los hombres griegos bajo el dominio y ciudadanía romanos.

Por lo tanto, fueron educadores ya que dejaron huellas en sus contemporáneos de un nuevo tipo de *paideia*, convertida en universal y homogénea, que traducía en sí el fenómeno social en que se convirtiera la Retórica[5].

Poco de filosófico había en sus aportaciones, sobre todo si se atiende a la central oposición que la cultura griega mantuvo entre la filosofía y la retórica. Si bien ambas disciplinas eran las piedras angulares de la educación superior, siempre hubo una disociación entre ellas, quizá por la misma separación que siempre existió entre lo teórico y lo práctico. Así los rétores instruirán a los futuros oradores en el poder de persuasión de la palabra sin ejercitar la especulación teórica; los filósofos, en cambio, desde su racionalidad, presuponían, deliberaban y avanzaban hacia construcciones teóricas -que si bien en la Antigüedad griega eran de enorme valor- ahora comenzaban a sufrir un quiebre[6].

De todas maneras, fue el arte de la palabra, la retórica, la que en la época imperial permitió comunicar y difundir las ideas y las propuestas de hombres comprometidos con la realidad quienes, a su manera, también fueron filósofos empeñados en vehiculizar un discurso, sólo limitado a "especialistas" -el filosófico-, hacia la comunidad por medio del recurso retórico y el compromiso social.

2.1. Luciano en diálogo con los muertos

Parte integrante de la serie que se conoce con el nombre de “Diálogos” de Luciano *(Diálogo de los muertos, Diálogos marinos, Diálogos de los dioses y, Diálogos de las heteras)*[7], este opúsculo está destinado a criticar de plano todas las veleidades sociales, creadas e imaginadas, mostrando una trasposición y contaminación permanente de los dos planos: el de la vida, el de la realidad, frente al de la muerte, la irrealidad. Por momentos el Hades es recreado con la imaginación de quien observa lo desconocido desde el mundo que conoce: en ocasiones realidad e irrealidad se fusionan y caricaturizan desde una doble perspectiva.

Porque, primero imagina al "más allá" como algo existente; seguidamente, imagina que los hombres, al morir, descienden a su nueva morada con la mentalidad que tenían en la vida. Por último, al existir algunos personajes – en este caso Menipo[8] o Diógenes[9] – que ya están "adaptados"· a su nueva condición de muertos, se produce un significativo contraste entre quienes están allí cómodos y seguros y quienes vienen de la vida con ideas y propuestas que en este territorio no funcionan. Y por lo tanto están condenados a fracasar[10].

Todo ello es manejado por Luciano con gran cuidado y refinamiento, sirviéndole como soporte de una "hoguera de vanidades" que no son otras que las que mueven a los hombres a cometer iniquidades en lugar de acciones benéficas en favor de todos.

Bajo la influencia del cinismo[11], como ya dijéramos, desfilan críticas a todas las incongruencias sociales e individuales, en una suerte de ruptura con el mundo creado por el hombre para halago de su arrogancia. Por ello denosta a quienes viven sólo preocupados por las "convenciones" de la vida en sociedad, como las que pasamos a detallar.

La propiedad, la riqueza y la codicia

El Hades está poblado de ricos, sátrapas y tiranos, "mondos y lirondos"[12] "reconocibles tan sólo por sus lamentos y lo fofos y descastados que están recordando los avatares de su vida en la tierra" [1(1)1, pág. 15]. A los ricos habría que decirles: ¿"Porqué guardáis, necios, el oro? ¿A cuenta de qué os torturáis calculando los intereses y apilando talentos si al cabo de poco tiempo tendrás que acudir aquí con un óbolo mondo y lirondo"? [1(1)3, págs. 16-17]. En tanto, los pobres –"que son numerosos y están agobiados por su situación y lamentan su pobreza"- deben entender que la "igualdad" que hay en el Hades[13] no los hace peores que los ricos. Por ello tienen que poner fin a su aflicción y dejar de llorar [1(1) 4, pág. 17] Ni Midas pudo llevar su oro, ni Sardanápalo todo su boato, ni Creso sus tesoros[14]. Por eso Menipo se burlaba de ellos, llamándolos "esclavos y desecho", y recordándoles que "cuando os parecía lo más lógico que se os adorara y cuando escarnecíais a hombres libres sin acordaos para nada de la muerte", no pensaron que algún día ella misma los iba a despojar de todo aquello:

"Creso - ¡De cuantiosas y enormes riquezas, oh dioses!

Midas - ¡ Y yo de cantidades de oro!

Sardanápalo - ¡Y yo de cuánto lujo!" [3(2)20-21]

Los aduladores y los "cazadores de fortunas" también son castigados con la muerte – y muchas veces siendo aún jóvenes -, como es el caso de Terpsión, que "no dejas de maquinar día y noche contra él [Túcrito][15] a la espera de su herencia", mientras que el anciano Túcrito "vive sin suplicar la muerte de ninguno de sus amigos" [16(6)1,pág. 48]

"Terpsión: -"Es verdad lo que dices [Plutón]. Por lo menos, ¡hay que ver la cantidad de mi hacienda que devoró Túcrito, siempre pareciendo que se iba a morir de un momento a otro!(...) De forma que yo, creyendo que estaba ya con un pie en el ataúd le mandaba numerosos regalos a fin que mis rivales en el lance amoroso no me sobrepasaran en generosidad" (...) [16(6)4, pág. 49).

Por ej., Polístrato[16] engañó a sus aduladores haciéndoles creer que serían sus herederos cuando en verdad "las auténticas disposiciones que dejé eran otras": su herencia quedó en manos de un joven rubio"recién comprado por mí", pues era "mucho más digno de ser mi heredero que todos los demás por muy bárbaro y pervertido que fuera, y ya le andan haciendo la corte los más distinguidos" [19(9)3, pág. 55]

La vanidad

Con gran realismo declara Diógenes que entre aquella masa de seres espectrales

"no hay rubia cabellera ni ojos claros ni oscuros, ni tez sonrosada del rostro, ni músculos tensos ni espaldas fornidas, sino que aquí [en el Hades] todo es para nosotros, como dice el refrán, polvo y sólo polvo, calaveras despojadas de belleza" `1(1),3 págs. 17][17]

De esa destrucción no escapó la mítica Helena, que hizo exclamar a Menipo, cuando vio su calavera: -"y (...)¿por una cosa así se fletaron miles de naves procedentes de toda Grecia, y cayeron tantos griegos y bárbaros y han sido devastadas tantas ciudades?" (...) Llamó la atención de Menipo que los aqueos "pasaran mil fatigas por algo tan efímero y tan fácilmente marchitable [como la belleza y la juventud] [15 (18) 2, págs.. 23-24]

Tampoco quedaron incólumes Carmóleo de Megara "el amante más codiciado cuyo beso valía dos talentos", ni Lamparo, tirano de Gela [Sicilia], cargado de orgullo

y altanería; ni Mausolo, rey de toda Caria y que además, "era hermoso, alto y fuerte en la pelea y lo más importante es que tengo ungido en mi honor en Halicarnaso un monumento funerario de enormes proporciones, como no lo tiene ningún muerto" (...) [29(24) 2, págs. 83-84].

De todas estas ostentosas vanidades debieron despojarse éstos y otros personajes mencionados en el relato, pues para la travesía hacia el Hades "tenéis que embarcar desnudos luego de dejar en la orilla todos esos bultos que traéis de más" [20 (19) 1, pág. 56]

El poder

La imagen de los poderosos de la Antigüedad asoma con crueldad: Agamenón, Aquiles, Idomeneo, Ulises, Ayax, Diomedes, están "irreconocibles y afeados; todos polvo, bagatela pura, verdaderamente "cabezas sin gorra" (Homero. Odisea, X, 521, 536). También están Ciro y Jerjes, convertidos en escoria, mientras Alejandro recibe el reproche de Filipo por haberse hecho adorar de rodillas por los macedonios libres. "Y lo mas ridículo de todo, ibas imitando las costumbres de los vencidos" [12 (14), págs. 38-39].

Alejandro retrucó a su padre preguntándole si no elogiaba su amor al peligro "y él haber sido el primero en saltar el muro e ir a dar dentro de la ciudad de los oxídracas y él haber recibido tantas heridas" [Ibidem] – Filipo contestó entonces que no lo elogiaba, "y no porque no me crea que no sea hermoso que el rey en algún momento resulte herido y afronte riesgos al frente del ejército", sino porque en este caso en que su hijo se sentía un dios, hubiera resultado sumamente ridículo "ver al hijo de Zeus en trance de dejar la vida pidiendo ayuda a los médicos" [12 (14) págs. 38 y ss.)[18]

Contrastando las proezas de Alejandro con las de Aníbal, hace decir al primero todo lo superior que era en asuntos de guerra. Expresión que Aníbal no deja de retrucar cuando, tras señalar sus cuantiosas hazañas, expresa que "Alejandro en cambio, que recibió el Imperio de manos de su padre, se limitó a aumentarlo y lo extendió en grado sumo aprovechando el golpe de la fortuna" [25 (12) 2, pág. 73-74]

Sin embargo, a la hora de definir el lugar que usarían en el Hades, no duda Luciano en colocarlo en primer lugar, seguido de Escipión y luego de Aníbal. (es decir, primero el macedonio, después el romano y finalmente el cartaginés)[19]

La gloria

También la gloria –razón de la vida y la muerte del héroe- es objeto de burla y ridiculización:

[Eaco]:[20] "...de tu muerte, Protesilao, no hay otro culpable más que tú, que olvidándote de tu mujer, recién casado, luego de acercarte a la Tróade, saltaste a tierra antes que los demás (...) inundado de un afán de gloria por el que moriste el primero en el desembarco [27 (19) págs. 80-81].

En fin, también aparecen las conductas "descabelladas" como el suicidio de Empédocles en los cráteres del Etna, a quien habían carbonizado "la ambición, la soberbia y enorme estupidez" .[6 (20) pág. 20]; las indignidades, como la del general que se presentó armado en el Hades para mostrar todas las victorias que tuvo y fue obligado a despojarse de ellas pues "en el Hades hay paz y no hacen falta armas" [20 (10) 8, pág. 58]; la avaricia de Damis, un hombre rico de Corinto que murió envenenado por su hijo, y que según Diógenes, "no es nada injusto que haya sufrido eso de su parte, pues teniendo mil talentos y viviendo a todo confort a los noventa años le dabas a tu hijo de dieciocho años cuatro óbolos" [2(27) 6, pág. 67][21]; los excesos del filósofo "pues ya no pagará opíparos banquetes, ni saldrá de noche desapercibido a los ojos de todos con la cabeza cubierta con el manto recorriendo uno por uno los lupanares ni, engañando desde el amanecer a los jóvenes, les cobrará dinero por su sabiduría" [20(10)11, págs. 60-61][22]; las debilidades del amor expuestas por Acarnanio quien, sin embargo, era el único culpable de haberse dejado atrapar "por una muchachuela de tres al cuarto que te salió al encuentro, por sus lágrimas, sus suspiros y sus embelesos", justamente él que jamás tembló ante los enemigos "sino que peleaste siempre en vanguardia disfrutando del peligro" [22 (27) 6, pág. 67]

3. Francisco de Quevedo y Villegas

Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid (1580) en el seno de un ambiente aristocrático, pues sus padres formaron parte del núcleo palaciego. Su infancia transcurrió así en la corte de Felipe II. Estudió en el Colegio Jesuíta de Madrid y en la universidad de Alcalá (1560 – 1600) A través de una importante comunicación epistolar, en las que se granjeó la amistad del humanista flamenco Justo Lipsio

(1605)[23], puede apreciarse su preocupación por el estado moral de la sociedad española al par que aparecen indicios del pesimismo que siempre lo acompaño.

Durante siete años permaneció al servicio del duque de Osuna, virrey de Sevilla, en cuya representación participó en una fracasada revolución en la república de Venecia. De regreso a España recibió los hábitos de caballero de la Orden de Santiago y se confinó en su propiedad de la Torre de Juan de Abad (1620).

Tras obtener el favor del nuevo rey Felipe III en 1632, y designado secretario del monarca, pasó los siguientes diez años estudiando la filosofía estoica y otras disciplinas humanísticas y atacó a gongoristas y culteramos para contrarrestar la influencia que ese movimiento había adquirido (*La culta latimparla*, 1629, *La Perinola*, 1633).

Más tarde sería encarcelado por participar de acciones en contra del autoritarismo del nuevo favorito del rey, el conde-duque de Olivares, y cuando en 1643 salió en libertad, se retiró a la Torre de Juan Abad para fallecer en 1645 en Villanueva de los Infantes, adonde había ido en procura de curación[24].

Su visión del mundo fue tan pesimista como sarcástica, un poco atemperada por su ideal jesuítico, mientras que puede considerársele precursor de la protesta social, en la época de la decadencia española[25].

3.1. Quevedo y Los "Sueños"

En esta obra, Quevedo alude a una serie de "visiones" sobre el infierno, el reino de la muerte y el día del juicio final, utilizando un artificio literario de vieja data en la literatura occidental (particularmente el descenso a los infiernos) que ya habían sido narrado por Luciano (*Diálogo de los muertos*), Virgilio (*La Eneida*) y Dante Alighieri (*La Divina Comedia*), entre otros.

De todas maneras, cada uno de los Sueños refleja el momento en que fue escrito y las preocupaciones que embargaban al autor. De esta forma, el *Sueño del Juicio Final* parece haberse escrito después de firmado el tratado de Londres en 1604 con el que se puso fin a la guerra angloespañola. Una España agotada y en ruinas generaba el pesimismo del joven escritor.

En sus sátiras, son los sectores profesionales, los mercaderes y tenderos los que caen víctimas de sus chanzas, las que se acrecientan contra los médicos y ministros de justicia a quienes ubicó en el Infierno más absoluto. Ocurre que ambas profesiones,

la médica y la abogacía, al igual que toda la clase mercantil se asociaron en la Edad Media con los judíos y en el Siglo XVI con los judeoconversos, y tanto unos como otros eran muy odiados por Quevedo, quien se vanagloriaba de su ascendencia cristiana y noble.[26] Estima H. Ettinghausen que su "feroz odio " a los sectores profesionales y comerciantes, a los que zahiere y condena a penas infernales y eternas, se debe a que Quevedo pertenecía a una nobleza empobrecida (a consecuencia del deterioro económico producido por una inflación muy pronunciada) que veía con malos ojos el éxito material de los que consideraba socialmente inferiores[27].

Por eso, los dos primeros *Sueños*, el del *Juicio Final (1604)* y *El alguacil endemoniado (1608)* dan rienda al castigo imaginario de una larga lista de actores sociales entre los que se destacan: escribanos, mercaderes, rameras, jueces, abogados, capeadores, poetas, músicos, enamorados, el maestro de esgrima, pasteleros, ladrones, barberos, cómicos, caballeros, adúlteras, aguaciles, corchetes, soldados, maridos engañados, venteros. Veamos algunos ejemplos:

Escribanos y mercaderes

> "... Y volviéndome a un lado vi a un avariento que estaba preguntando a uno (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas, no habían llegado), si habían de resucitar aquel día todos los enterrados, si resucitarían unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara a otra parte el afán con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones, que por descuido no fueron todos. Pero lo que más me espantó fue ver los cuerpos de dos o tres mercaderes, que se habían calzado las almas al revés y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha"[28]
>
> (*El sueño del juicio final*, pág. 19)

Jueces

> ..." A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi a un juez, que lo había sido, que estaba en medio del arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Llégueme a preguntarle por qué se lavaba tanto y déjome que en vida, sobre ciertos negocios, se las habían untado[29] y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia"
>
> (Ibidem, pág. 20)
>
> Los jueces reciben idéntico tratamiento en distintas oportunidades, pues "los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos, porque de cada juez que sembramos, recogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día" (*El alguacil endemoniado*, pág. 41).

Mercaderes y sastres

> "Era de ver una legión de demonios con azotes, palos y otros instrumentos, como traían a la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres, libreros y zapateros, que de miedo se hacían sordos; y aunque habían resucitado, no querían salir de la sepultura..." (Ibidem, pág. 20).

Abogados

> "En el camino por donde pasaban [una legión de demonios], al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que a donde iban, y respondieron: al justo juicio de Dios, que era llegado. A lo cual, metiéndose más ahondo [mas abajo], dijo: -Esto me ahorraré de andar después, si he de ir más abajo". [al infierno].

Médicos

> "... A un lado estaban juntas las Desgracias, Peste y Pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decía la Peste que ella había herídolos pero que no habían muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las Desgracias, que todos los médicos quedaron con carga de dar cuenta de los muertos". (Ibidem, pág. 22.)

Alguaciles

> "... Halléle [al licenciado calabrés] [30] en la sacristía solo con un hombre que, atadas las manos en el cíngulo [cordón para que los sacerdotes se ataran la túnica] y puesta la estola descompuestamente, daba voces con frenéticos movimientos.
>
> - "¿Qué es esto? - le pregunté, espantado.
>
> Respondióme:
>
> -Un hombre endemoniado.
>
> Y al punto el espíritu, que en él tiranizaba la posesión a Dios, respondió:
>
> -No es hombre, sino alguacil [sic] (..) y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana; por lo cual, si queréis acertarme, debeis llamarme a mí *demonio enaguacilado*, y no a este *alguacil endemoniado*[31] ". (Ibidem, pág. 34)

Reyes

> "...¿Hay reyes en el infierno? – le pregunté yo [Quevedo] y satisfizo [el Diablo] a mi duda diciendo:
>
> -Todo el infierno es figuras [el rey, caballo o sota de la baraja de naipes], y hay muchos, porque el poder, libertad y mando les hace sacar a las virtudes de su medio, y llegan los vicios a su extremo..." (Ibidem, pág. 39).

En el "*Sueño del Infierno*", Quevedo refleja plenamente su erudición libresca y su afición por la filosofía moral de los estoicos, puesta de moda por Lipsio en un libro que inspiró el ensayo sobre la filosofía estoica publicado por Quevedo en 1653[32].

La influencia de la obra en prosa de Séneca se patentiza en la valoración de la virtud como premio de sí misma y en el desprecio de los "bienes" mundanos. Desfilan en este Sueño personajes que representan actitudes morales mientras dos caminos se abren a su consideración: el de la virtud y el del vicio. En tanto, en el Infierno registra dos largas listas con sus residentes: la primera es de astrólogos y alquimistas; la segunda es de herejes. Pero ambas entroncan con la de "noveleros y sediciosos" extranjeros del Opúsculo escrito en 1609 *España defendida* y sus propios tiempos[33] pues allí también acomete contra Joseph Escalígero, Paracelso, Albano, Agripa, Tritemio y muchos otros eruditos extranjeros y protestantes[34].

Vicios y necesidades de sus contemporáneos afloran en sus descripciones, que él atribuye a las "fuerzas del dinero" fluyente tras la conquista del Nuevo Mundo[35]. Por ello es que Quevedo muestra a los representantes de las profesiones y oficios como dedicados inescrupulosamente a enriquecerse al igual que lo hacen los gobernantes explotando la economía española en su propio beneficio. De allí que la senda que conduce al Infierno está transitada por "mercaderes, joyeros y todos oficios" que proveen las galas que han corrompido a los españoles y empobrecido la nación.

Jueces, Médicos, Hipócritas

> "....Di un paso atrás y salime del camino del bien (...) Volví a la mano izquierda y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos; muchas gentes de capa negra y muchos caballeros. (...) No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra de ellos que iba delante de unos jueces. No digo eso porque fuese menor el batallón de los doctores, a quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en sus universidades se estudia para tósigos" [venenos] (...)
>
> (....) "Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos y, desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, la mortificación, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno". (...) "Iban éstos solos aparte y reputados por más necios que los moros, más zafios [incultos] que los bárbaros y sin ley, pues aquéllos, ya que no conocieron

la vida eterna ni la van a gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella. Pero los hipócritas, ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados. Y, en conclusión, de éstos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos" (*Sueño del Infierno*, págs. 49 a 50).

Cazafortunas

"...Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros" Ibidem, pág. 51)

Sastres

(...) "Llegaron [los demonios] a mis compañeros, y dijeron que eran sastres; y dijo uno de los diablos. –Deben entender los sastres en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, según si viven por acá.

Preguntó otro diablo cuántos eran; respondieron que ciento, y respondió un demonio mal barbado, entrecano - ¿Ciento y sastres? No pueden ser tan pocos. La menor partida que hemos recibido ha sido de mil ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles". (pág. 53)

Mercaderes

(...)"Gente es ésta [los mercaderes] dijo [un diablo] al cabo, muy enojado –que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida (...) y si quieres acabar de saber cómo éstos son, los que sirven allá a la locura de los hombres, juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos éstos quedaran pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que tenéis. Y estos mercaderes son los que alimentan todos nuestros desórdenes y apetitos. (ibidem págs. 58, 59).

Vanidosos

Burlándose Quevedo de un hidalgo que hacía gala de su linaje, hace decir a un caballero de menor rango: - "Pues y qué diré de la honra mundana, que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos [gastos] estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado (...); ni quiere servir, porque dice que es deshonra.

Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. – Y llegado a ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra (...) se pasa la doncella treinta años casada consigo misma (...) La honra está en arbitrio de las mujeres; la vida en manos de los doctores; y la hacienda, en las plumas de los escribanos. "Desvaneceos, pues, bien, mortales" (Ibidem (pág. 61).

El cuarto Sueño, "*El mundo por dentro*", es una visión alegórica (la acción pasa en el mundo y no en el "más allá") consistente en cinco cuadros que describen, por medio de un protagonista- narrador, la apariencia de lo que se le presenta, y luego un análisis por parte de su guía alegórico, el Desengaño, de la realidad que se esconde detrás de ella.

Sus preocupaciones morales y filosóficas – impregnadas de neoestoicismo[36] - surgen a cada paso, al igual que veladas autocríticas, especialmente en el momento que Desengaño censura a su interlocutor preguntándole: -¿"Ahora llorar, después de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrándote docto y teólogo, cuando era menester mostrarte prudente?" (*El mundo por dentro*, págs. 101). Asimismo, siguiendo a los estoicos ve la causa de su malestar en "la ignorancia de las cosas" y su efecto, hacerse "fábula de todos" y "en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño" (Ibidem pag. 93)

La Hipocresía

> Luego, prestamente Desengaño invita a su acompañante a "ver el mundo como es" ya que "tú no alcanzas a ver sino lo que parece" (Ibidem 94) y así, comenzando por la "calle mayor", que es adonde salen todas las figuras", se encuentran con la Hipocresía y los que se involucran en ella (las Ordenes religiosas, los clérigos, los participantes de un funeral, pues "todo es de ir en el entierro, y los convidados van dados al diablo [indignados] con los que los convidaron, que quisieran más pasearse o asistir a sus negocios" (....) El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que, pudiendo él haber enterrado a su mujer en un muladar y sin coste y fiesta alguna, le hayan metido en semejante baraúnda y gasto de cofradías y cera". (Ibidem págs. 98,99)
>
> (...) "Quedé espantado –había afirmado el joven- de ver todo eso ser así, diciendo: -¡Qué diferentes son las cosas del mundo de cómo las vemos!. Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos y nada creeré menos de lo que viere" (Ibidem pág. 99)

Finalmente, en el último Sueño, el *Sueño de la muerte*, pone fin a su crítica del reinado de Felipe III y, en el diálogo entre el protagonista y el marqués de Villena celebra el comienzo del reinado de Felipe IV, que se iniciaba en 1621 dispuesto a acabar con los abusos y vicios que quedó tanto criticara en sus sátiras (Ibidem pág. 134). Precisamente junto a la Muerte, es decir junto a esa mujer "muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, (....) vestida y desnuda de todos colores", joven y vieja, que parecía estar lejos pero estaba cerca, recorrió el mundo de los muertos, es decir el

mundo de "lo que queda de los vivos" y allí en ese fantasmal abismo halló a los enfadosos, a los habladores, a los médicos (grandes provocadores de muertes), a los boticarios, al Mundo, al Diablo, a la Carne, al Dinero, al juicio, al Infierno:

> -"Díjome la muerte:
> -¿Qué miras?
> -Miro – respondí . al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.
> -¿Dónde? – preguntó.
> -¿Dónde? – dije – En la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en los apetitos de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes" [¿Felipe III?]. *Sueño de la muerte* (págs. 120 – 121).

Los Profesionales

> Por ello, cuando se encuentra con el Marqués de Villena ("famoso nigromántico de Europa") entabla un diálogo en el que sin ninguna duda rescata las virtudes del pasado, momento en que no había tantos letrados y los que había lo eran en buena ley, pues en esos momentos "todos se gradúan de doctores y bachilleres, hacendados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades y valiera más a España langosta perpetua que licenciados al quitar" [por poco tiempo] (Ibidem 130-131).
>
> (...) "No he de salir de aquí – agrega decididamente el nigromántico – hasta que los pleitos se determinen a garrotazos. Que en el tiempo que, por falta de letrados, se determinaban las causas a cuchilladas, decían que el palo era el alcalde (...) y sí he de salir, ha de ser solo a dar arbitrio a los reyes del mundo; que quien quisiere evitar en paz y rico, que pague los letrados a su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman". – (Ibidem. pág. 133).

4. Conclusión

En los momentos en que tambalean los valores tradicionales de una cultura por efectos de una crisis –cualquiera sea la dimensión alcanzada por ella -, el ser humano va adquiriendo, en el transcurso de un proceso reflexivo y maduro, la conciencia de sí y de su Todo, para alcanzar finalmente aquel camino –equivocado o no - que le permita sobrevivir a tanta angustia.

El siglo IV a.C. en el área helénica y su proyección en el mundo romano de los siglos I y II constituye uno de esos momentos de incertidumbre y desasosiego para los miles de habitantes de los territorios ocupados por los grecomacedonios tras las

conquistas alejandrinas y luego incorporados al control de Roma. Como lo es también el siglo XVII para una España transformada en sus esencias luego de la conquista y colonización de América.

En ambos casos, los exponentes de esas épocas tan dramáticas como inciertas han echado mano a una estrategia narrativa – original en su tiempo-, cual es la de mirar la vida desde la perspectiva de la muerte, para volcar así sus impresiones sin ambages, con un realismo que elimina los artificios, las convenciones, el lujo y la vanidad, la gloria y el poder. Por ello, porque en definitiva la vida no es más grande que un átomo de Epicuro [37], mirada en frialdad y desde la inexoralibidad del destino humano, la conducta de los hombres se reviste de verdadera alienación cuando promueve guerras, muertes, riquezas desmedidas, ambiciones sin límites, etc.

Precisamente, este mirar la vida desde la perspectiva de la muerte es lo que realiza Luciano de Samósata en sus Diálogos con los muertos pues desde el reconocimiento de las cosas tal como son, evaluadas en la totalidad de la naturaleza, sin el agregado de falsos prestigios y vanas pasiones, más el aditamento destructivo que implica el morir, todas las vanidades se convierten en ridículas. El Hades –un lugar que no está en parte alguna-, el mundo de los muertos, no alberga diferencias sociales, en él no hay boato ni puede el muerto llevar nada consigo.

Sólo Menipo y Diógenes - encarnación de los ideales de renuncia, austeridad y lucidez de los cínicos- son los modelos que deberían imitarse por parte de toda la humanidad: el primero porque acoge con "burlas triunfantes a los poderosos"[38] ; el segundo porque se encarga de desmitificar a emblemáticos personajes.

El mensaje final sería entonces: "no vale la pena afanarse en la vida para alcanzarlo todo. Porque la muerte iguala al conjunto de los hombres sin excepción" [39]. En ello está implícita la seria postura crítica de Luciano ante la sociedad de su tiempo y su fuerte escepticismo ante todo tipo de creencias, incluyendo las religiosas.

Y es éste el mensaje que deja Quevedo, apelando igualmente al recurso de la Muerte y la visita al Infierno para criticar y, según los casos, condenar a la sociedad en que vivía.. Muestra en todo momento un planteo satírico que se corresponde con un afán de erudición humanista y de formación de una filosofía moral basada fundamentalmente en el Antiguo Testamento (sobre todo en el libro de Job) y en la literatura de la antigüedad clásica (en el especial los filósofos, estoicos. Séneca y Epicteto y el escritor cínico Luciano de Samósata).

Todos los "Sueños" constituyen en definitiva la denuncia de conductas y acciones inaceptables e inmorales, cada vez más generalizadas en la España de Felipe III, es decir, en la España debilitada y ociosa que, a juicio de Quevedo, representaba la corte sofisticada y enrarecida de Felipe III. Entregada al dinero y a la frivolidad, esta España se hallaba sujeta a una infinita caterva de burócratas, funcionarios, oficiales, cazafortunas, prostitutas, pícaros y estafadores de toda laya que Quevedo va describiendo y descubriendo en afán de fustigar todo lo que se ve a su alrededor y dejar al descubierto el engaño, el autoengaño y la decadencia nacional.

La filosofía estoica le resulta "útil y eficaz"[40] para enfrentar tantos males, mientras que el modelo de Luciano de Samósata en los *Diálogos de los muertos*" (como también lo sería Virgilio en *La Eneida* y Dante Alighieri en *La Divina Comedia*) le sirve a la perfección para este audaz cometido.

5. Fuentes consultadas

- Luciano de Samósata – Diálogos, Relatos verídicos – Gredos, Madrid, 1992
- Diógenes Laercio. Vitae Philosophorum (versión francesa en Garnier, París, 1965) – Libro VI
- Francisco de Quevedo. Los Sueños- Planeta, Barcelona, 1990.

6. Notas

[1] El término fue acuñado por Filóstrato en su obra "Vidas de los Sofistas", 481. Allí menciona a ocho de estos sofistas, llamados así por oponerse a la actividad del filósofo, ya que el sofista –a diferencia del segundo- es capaz de comunicar y de hablar de todo; con independencia del valor cognitivo del saber. Por esta razón el saber del sofista es fuerte mientras que el del filósofo es débil.

La lista incluye los siguientes nombres: Eudaxo de Cnido, León de Bizancio, Dión de Prusa, Favorino de Arles, Plurarco de Queronea, Máximo de Tiro y Elio Arístides, (Vide: F. Mestre. *Segunda Sofistica y Luciano de Samósata*. En: A. M. González de Tobia, ed. *Una nueva visión de la cultura griega antigua en el fin del Milenio*. La Plata, Editorial de la Universidad, 2000, pág. 66)

[2] Francisco de Quevedo. Los Sueños. Planeta, Bs. As. 1990 (*Introducción de Henry Ettinghausen*, págs. XII a XX)

[3] Si bien la importancia de este movimiento fue considerable, no obstante ha sido juzgado menos creativo que su simultáneo en lengua latina (Vide: F. Mestre: Op. cit. pág. 61 a 63)

[4] Ibidem pág. 63

[5] Igualmente ejercieron la función de maestros en las escuelas que crearon para transmitir este tipo de cultura.

[6] F. Mestre. Op. cit. pág. 68. El primer quiebre se produjo entre Historia y Filosofía; ahora lo era entre Filosofía y Retórica.

[7] F. Mestre. Recoge distintas opiniones acerca de la ausencia de Luciano en Filóstrato; entre otras, las de U. Von Wilanowitz. A. Boulanger, Aelius Arístides et la réthorique dans la province d' Asie. París, 1925; N.C. Wright. Philostratus and Eunapius. Londres, 1961; G. W. Bowersock. Greek Sophist in the Roman Empire Oxford, 1969; B. Reardon. Courants littéraires grecs des Ilè et IEE siècles après J. C. Paris, 1971.

[8] Menipo de Gádara (siglo III AC.), esclavo de origen, discípulo del cínico. Metrocles y después ciudadano de Tebas, se lo considera el inventor de la Sátira filosófica y moralizante (género llamado "serio-jocoso") expresada en esa forma mixta de prosa y verso que la tradición retórica llama "Menipea" (Quintiliano, Inst. X,1,95)

[9] Diógenes de Sínope es uno de los principales representantes del cinismo, "fenómeno típico de contracultura", según lo define C. Préaux (El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a.C)" Labor, Barcelona, 1984, pág. 390.

[10] Luciano. Diálogos – Gredos, Madrid, 1992, Prólogo a la edición citada, págs. 11 y 12.

[11] El cinismo representó –en la perspectiva de la naturaleza exacta de la filosofía antigua- una situación límite. En verdad, el cinismo aparece como una filosofía en la que el discurso filosófico se reducía al mínimo. El cinismo fue una reivindicación de libertad absoluta, tanto

respecto de las pasiones como de las necesidades físicas y de los obligaciones de la vida social. "Es una exasperación del ideal de anarquía tan fuertemente instalado en la mentalidad griega". (C. Préaux -. Op. Cit. págs. 390-391 y P. Hadot . Op. Cit. págs. 170 y ss).

[12] La expresión "mondo y lirondo" equivaldría al "*psilós*" ("pelado", "rapado", "ligero de equipaje")

[13] Igualdad entendida como *isotimía*, es decir que a los efectos de honras y honores todos son iguales; no se trata solamente de la igualdad física de sus cráneos y esqueletos.

[14] Midas. Legendario rey de Frigia que obtuvo del dios Baco la facultad de convertir en oro cuanto tocaba; Sardanápalo, rey de Asiria, célebre por sus vicios, y conquistas. Fue uno de los más implacables guerreros de la Antigüedad. Su reinado se extendió entre el 668 y el 625 AC.

Creso. Rey de Lidia (Asia Menor) entre el 563 y 548 AC., célebre por sus riquezas. Vencido por los persas, fue condenado a morir en la hoguera, pero Ciro le perdonó la vida y lo admitió entre sus consejeros.

[15] Tanto este personaje como Terpsión no aparecen citados en otras obras de Luciano. Por su parte el nombre Terpsión puede traducirse por "Disfrutón, "disfrutar", "deleitar", aunque no cuadra con su tipología de joven avaro a la caza de herencias. (Vide, Luciano de Samósata , nota Nº 61 de la edición citada, pág. 48).

[16] Polístrato había muerto casi a los cien años. En sus últimos años jóvenes cazafortunas lo adularon hasta el cansancio. "A la vista está – sostiene Polístrato - que está en boga este tipo de amor por los viejos que no tienen hijos y además son ricos".

[17] Como se advierte, aquí se manifiesta [19(9) 3, pág. 54] el ideal de belleza que los griegos concibieron y que, indudablemente, perduraría.

[18] Vide: Arriano. *Anábasis de Alejandro*" Gredos, Madrid, 1990. VII, 11, 1

[19] Se trata indudablemente de un orden jerárquico que deja al final al "bárbaro" (pero que no omite reconocer las diferencias)

[20] Eaco era el portero del Hades.

[21] Con 4 óbolos se pagaba un viaje en barco desde el Pireo a Egina.

[22] La ruptura de los cínicos con el mundo es radical, incluyendo a los "no filósofos" y a los "otros filósofos" (éstos últimos se diferencian de sus conciudadanos más que en algunos pocos aspectos y en general, sus conductas revelan hipocresía).

[23] Justo Lipsio fue un campeón del catolicismo europeo contra el protestante Scalígero.

[24] C. A. Laporte. Literatura Española. Plus Ultra, Madrid, 1981, págs. 311 a 314.

[25] Compuso piezas de variados metros, pero la mejor parte de su obra son las letrillas, los romances y los sonetos.

Compuso en prosa obras filosóficas, ascéticas, políticas, de crítica literaria, festivas, satírico – morales, cartas y una novela picaresca. Destacamos *Historia de la vida del Buscón,* don Pablos, ejemplo de *vagabundo* y *espejo de tacaños*; *Política de Dios* y gobierno de Cristo; *La culta latiniparla*; *los Sueños*, etc.

[26] Francisco de Quevedo. Op. Cit. Introducción, págs. XI y XII

[27] Ibiden. Págs. XII y XIII

[28] [O sea, la mano con que habían cobrado más dinero]

[29] [recibido dádivas]

[30] Al parecer, se trataba de Genaro Andreini, capellán del conde de Lemos.

[31] El destacado es nuestro

[32] El libro de Quevedo se llama *Doctrina estoica*. Vide: H. Ettinghausen. Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement, págs. 26...42.

[33] Opúsculo escrito en 1609 y dedicado a Felipe III.

[34] Francisco de Quevedo. Obras completas I. Madrid, 1961, págs. 516, 517.

[35] Estas apreciaciones las hace en el Cap. V de la "España defendida", obra en la que se aboca a defender y alabar las costumbres propias y privadas de España anterior a la conquista, "pues fueron modestas, moderadas y según justa ley y disciplina" (ibidem, I, pág. 522 b)

[36] Véase: Henry Ettinghausen "Acerca de las fechas de redacción de cuatro obras neoestoicas de Quevedo. En: Boletín de la Real Academia Española, 51 (1971), págs. 161-173).

[37] Luciano. "Icaromenipo" (Cit. por P. Hadot. Qu' est-ce que la philosophie antique? Gallimard, París, 1955, pág. 315).

[38] Carlés Miralles. El Helenismo – Época helenística y romana de la cultura griega. Montesinos, Barcelona, 1989, pag. 118.

[39] Luciano. Op. Cit. Prólogo a la edición citada, pág. 12.

[40] Francisco de Quevedo. Op. Cit. Introducción. Págs. XIII y sigs.

XIIIJORNADAS DE ESTUDIOS CLÁSICOS
GRECIA Y ROMA EN ESPAÑA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNIVERSIDAD
CATÓLICA ARGENTINA-30 de junio/1º de julio 2005

"LUCIANO DE SAMÓSATA Y FRANCISCO DE QUEVEDO.
El pensamiento cínico en la España del Siglo XVII"

POR:ADRIANAB.MARTINO
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Abstract:

Toda época de crisis de los valores tradicionales de una cultura desemboca en una toma de conciencia individual y social que permite ubicar al ser en el Todo- que puede ser entendido como el punto de anclaje salvador y eterno,o bien como un minúsculo y débil lugar de apoyo,que sólo durará lo que dure la vida humana.

En este clima de incertidumbre desarrollaron sus obras *Luciano de Samósata(siriodel siglo II) Y Francisco de Quevedo(español del sigloXVII)* **,**interesadas en ridiculizar las *vanidades humanas* y satirizar las críticas apelando al *ejercicio de la muerte,* esencia misma de la filosofía después de Platón .

Palabras claves: cinismo-Luciano de Samósata-Francisco de Quevedo

In every age in which traditional power fall into crisis,that society arrives into an individual and social culture´s selfawarenes that aloud to unsurence the self being into the whole thing.It could be understand as the eternal and saving anchorage point,or where you might think as a minimal and weak place to relie on,that will only last as a human lifetime.

During this uncertain times,*Luciano of Samósata*(II Century) and *Francisco of Quevedo*(XVII Century)wrote theirs works which tend to take importance of the *humans vanities,* critisizing those critics apelling to *death exercises,* same esence after Platon´s phylosophy.

Cinism-Luciano of Samósata-Francisco of Quevedo